


DOSSIÊ

**LA
INSTITUCIONALIZACIÓN
DE LOS SISTEMAS
PARTIDISTAS EN
AMÉRICA DEL SUR: LAS
PRINCIPALES TEORÍAS Y
SUS DESAFIOS¹**

*THE INSTITUTIONALIZATION OF
PARTY SYSTEMS IN SOUTH AMERICA:
THE MAIN THEORIES AND THEIR
CHALLENGES*

Nerea Ramírez García* 

* Universidad Federal de Minas Gerais, Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, Departamento de Ciencia Política, Grupo Opinión Pública, Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.
E-mail: nramirb@gmail.com

RESUMEN

En los últimos años, la experiencia de algunos países latinoamericanos ha contrariado las teorías clásicas sobre la institucionalización de los sistemas de partidos, generando una nueva oleada de estudios. El presente trabajo contribuye a este debate realizando una revisión teórica del concepto, su operacionalización y sus limitaciones para medir la institucionalización de los sistemas de partidos de América Latina. Finalmente se recoge la nueva agenda de los estudios sobre institucionalización.

Palabras clave: Institucionalización del Sistema de Partidos, Operacionalización, América del Sur.

ABSTRACT

In the last years, the experience of some Latin American countries has contradicted the classical theories on the institutionalization of party systems, generating a new wave of studies. This paper contributes to this debate by conducting a theoretical review of the concept, its operationalization and its limitations to measure the institutionalization of party systems in Latin America. Finally, the new agenda of studies on institutionalization is set up.

Keywords: Institutionalization of the Party System, Operationalization, South America.

INTRODUCCIÓN

La mayor parte de los países de la región latinoamericana iniciaron su transición democrática en la década de los ochenta del siglo pasado. En pocos años, América del Sur transitó desde el autoritarismo a la consolidación de sus democracias. Este hecho desencadenó que los expertos en ciencia política se centrasen en estudiar sus partidos y sistemas de partidos, especialmente la institucionalización del sistema de partidos (ISP). La literatura ha tendido a definir la ISP como el establecimiento de un proceso mediante el cual una práctica específica se establece, es ampliamente conocida y universalmente aceptada (MEDINA; TORCAL, 2007): las prácticas conocidas en el seno del sistema partidista dotarían de estabilidad al propio sistema político puesto que sus actores tomarían decisiones en base a dichas expectativas.

Hasta finales de los ochenta del siglo pasado, los expertos en sistemas de partidos consideraban que la fragmentación y la polarización eran suficientes para capturar las dinámicas de estos sistemas (SARTORI, 1976; BIELASIAK, 2002). Esta creencia radicaba en la comprensión de los sistemas de partidos como un mero reflejo de los clivajes sociales presentes en cada país. Consideraban que, si la polarización y la fragmentación eran estables, los sistemas de partidos estaban estabilizados (BIELASIAK, 2002; KUENZI; LAMBRIGHT, 2005). Sin embargo, la tercera oleada democrática, dejó en evidencia la ineficiencia explicativa de este modelo teórico, que por sí sólo no lograba captar todas las dinámicas de estos nuevos sistemas, tornándose necesario un nuevo concepto que busca, a grandes rasgos, analizar la estabilidad de sus dinámicas: la institucionalización del sistema de partido (ISP) (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005; MAINWARING et al., 2006).

Mainwaring y Scully (1995), los mayores exponentes del concepto, entienden la ISP como un proceso por el cual una práctica se establece y se torna bien conocida, aunque no necesariamente aceptada por todos (MAINWARING; SCULLY, 1995). Así, los actores políticos y sociales generan expectativas, orientaciones y conductas basadas en la suposición de que esas prácticas prevalecerán en el tiempo, proporcionando al sistema estabilidad. Para ellos, la ausencia de institucionalización se evidencia mediante: (i) la falta de vínculos programáticos, provocando el predominio del personalismo político; (ii) la alta volatilidad – los partidos aparecen y desaparecen oscilando los resultados electorales fuertemente–; y, (iii) la existencia de

¹ Este artículo está basado en algunas de las informaciones de la tesis de doctorado de la autora, titulada “La institucionalización de los sistemas de partidos en América del Sur (2000–2013): una nueva mirada al concepto y su operacionalización”.

organizaciones partidistas débiles – poco articuladas y estructuradas. Además, el funcionamiento de los mecanismos de control político se ven mermados (MAINWARING; TORCAL, 2005). Los sistemas de partidos que presentan dichas características son denominados como incipientes (MAINWARING; SCULLY, 1995). La ISP es un continuo bidireccional que varía entre sistemas institucionalizados e incipientes (MEDINA; TORCAL, 2007) generando procesos de institucionalización y desinstitucionalización (MAINWARING; TORCAL, 2005; MEDINA; TORCAL, 2007). Mainwaring y Scully (1995, p. 93) concluyen que:

Si bien en ocasiones hacemos una distinción dicotómica entre sistemas de partidos institucionalizados e incipiente, en realidad hay una continuidad. Tampoco suponemos que la institucionalización sea un proceso lineal (...) algunos sistemas de partidos latinoamericanos se volvieron menos institucionalizados estos últimos quince años.

Consecuentemente, a partir de esta operacionalización, los sistemas de partidos de la región sudamericana han sido sistemáticamente juzgados por la literatura de forma negativa y pesimista, considerándolos poco institucionalizados (CARRERAS, 2012). No obstante, la última ola de estudios sobre ISP se han centrado en discutir si realmente el concepto y operacionalización de la ISP ha conseguido capturar adecuadamente la realidad de los sistemas sudamericanos durante las últimas décadas (LUNA, 2015). Este punto de inflexión ha generado un fuerte debate sobre si para conseguir explicar la realidad de las democracias latinoamericanas existe la necesidad de revisar las teorías y operacionalizaciones tradicionales.

Con este debate como punto de partida, el presente trabajo revisa el concepto de institucionalización del sistema de partidos, su medición y analiza los principales debates teóricos suscitados. Para ello, dos preguntas son planteadas. Primera, ¿Cómo la ISP ha sido definida y operacionalizada desde su origen hasta la actualidad? Segunda, ¿Existen realmente lagunas en la formulación teórica de la ISP y en su medición? La elección de la región está justificada por las siguientes razones (LEVITSKY et al., 2016). Primero, casi todas las democracias de América del Sur poseen tres o cuatro décadas de democracia plena, celebrándose elecciones libres y competitivas de manera regular. Segundo, poseen una trayectoria histórica y cultural similar. Tercero, sus estructuras sociales e institucionales también son similares. Combinan el presidencialismo con formas de representación proporcional o mixta. Además, la mayor parte de los países se redemocratizaron a finales del siglo XX y la literatura ha tendido a considerar que la práctica del ejercicio democrático contribuye a la institucionalización de los sistemas de partidos. Sin embargo, pese a que la mayor parte de sus sistemas son fluidos,

algunos de ellos sí se muestran institucionalizados, colocando en entredicho las principales teorías sobre ISP (LUNA, 2015; MAINWARING et al., 2018), obligando a repensar las teorías clásicas de la ISP. Para responder dichas preguntas, este artículo se divide en tres secciones, precedidas por esta introducción y una conclusión. En la primera sección, se analiza la primera y segunda oleada de estudios de la ISP. Ya en la segunda sección, se aborda la tercera ola de estudios, caracterizada por las críticas a las definiciones y operacionalizaciones tradicionales. En la tercera sección, desarrollamos las principales lagunas de la ISP como objeto de estudio.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS Y SU OPERACIONALIZACIÓN COMO OBJETO DE ESTUDIO EN LA PRIMERA Y LA SEGUNDA OLA

La mayor parte de los estudios sobre ISP se han centrado más en su operacionalización y medición que en entender su causalidad (MAINWARING et al., 2018; TORCAL et al., 2015; TANAKA, 2008). Operacionalizar consiste en desagregar el concepto teórico hasta un nivel que permita observar su existencia, de manera que está condicionada por las dimensiones que el autor atribuye a la ISP. Sin embargo, existen tantas operacionalizaciones como interpretaciones y definiciones de institucionalización.

La literatura agrupa estas diferentes operacionalizaciones en tres oleadas y establece como mínimo común denominador, la relevancia de la estabilidad y la aceptación de un conjunto de reglas (BIELASIAK, 2002; CASAL BÉRTOA; MAIR, 2012; MELESVIACH, 2007; RANDALL; SVASAND, 2002; entre otros), siguiendo la línea teórica de Mainwaring y Scully (1995). O sea, aunque no hay ni una definición ni operacionalización unánime entre los expertos y el debate haya sido constante, el enfoque de Mainwaring y Scully (1995) se convirtió en la principal referencia, al menos hasta la tercera ola, siendo operacionalizada por la estabilidad de la competición electoral, la existencia de vínculos programáticos entre los electores y los partidos, la legitimidad de los partidos y una organización fuerte de los mismos (MAINWARING; SCULLY, 1995).

En un primer momento, los estudios sobre ISP eran incipientes y centrados en comprender el funcionamiento de sus instituciones y organización. Las operacionalizaciones eran vagas e injustificadas (CASAL BÉRTOA, 2016). La primera operacionalización surge del interés de Huntington (1965) por entender la mayor estabilidad política de las democracias consolidadas frente a las sociedades en transición. Al concluir que la clave reside en el nivel de institucionalización de sus

organizaciones, como, por ejemplo, la del sistema de partidos, operacionaliza el concepto en cuatro dimensiones: adaptabilidad/rigidez, complejidad/simplicidad, autonomía/subordinación, y, coherencia/incoherencia de las instituciones. Ya Wefling (1973), interesada en medir la institucionalización de los sistemas de partidos africanos, propone: el porcentaje de escaños alcanzado por candidatos independientes; la existencia de patrones estables de interacción; el impacto de sistema en el espacio; y, su adaptabilidad. Para Casal Bértoa (2016), aunque el modelo de Wefling (1973) ofrecía una justificación más sólida que la de Huntington sobre la elección de las dimensiones, el modelo continuaba siendo frágil. Además, en este periodo no se llega a profundizar sobre la elección de los indicadores.

La segunda y mayor oleada de operacionalizaciones se inicia con el trabajo de Mainwaring y Scully (1995), modelo de operacionalización por excelencia al considerar tanto la oferta – los partidos – como de la demanda – los electores – (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING, 1999; MAINWARING; TORCAL, 2005; MEDINA; TORCAL, 2007). Optaron por una operacionalización agregada de cuatro dimensiones: estabilidad y regularidad de los patrones de competición; el arraigo de los partidos en la sociedad; la legitimidad de los partidos; y, la organización de los partidos. El índice de ISP de Mainwaring y Scully (1995) otorga a cada dimensión una puntuación de 0 a 3 – 3.0 institucionalización elevada, 2.5 nivel medio-alto, 2.0 nivel medio, 1.5 nivel medio-bajo, y, 1.0 institucionalización baja – para calcular mediante la media la ISP total de cada sistema. A partir de los valores alcanzados distinguen entre sistemas de partidos institucionalizados (3.0 – 2.5), incipientes (1.5 – 2.0) y hegemónicos (0 – 1.0). A continuación, se cita brevemente cada una de las cuatro dimensiones y los principales indicadores propuestos por la literatura para su medición.

Primero, la estabilidad y regularidad de los patrones de competición es entendida como los cambios en las preferencias electorales de los ciudadanos (MAINWARING; ZOCO, 2007; ROBERTS; WIBBELS, 1999; TAVITS, 2008; LAGO; MARTÍNEZ, 2011; LUPU; RIELD, 2013). Tradicionalmente, se ha calculado con el índice de volatilidad electoral de Pedersen (1983) tanto en las elecciones legislativas como presidenciales (MAINWARING; SCULLY, 1995). Pero numerosos autores destacan la necesidad de reformular este índice (TAVITS, 2008; CASAL BÉRTOA; ENYEDI, 2014; MAINWARING; GERVASONI; ESPAÑA NÁJERA, 2010; TORCAL et al., 2015; ALTMAN; LUNA, 2015). Por ejemplo, la ausencia total de volatilidad puede ser negativa para el sistema de partidos y la democracia en general (TORCAL et al., 2015) pues reflejaría la falta de *accountability* vertical (LUPU; RIELD, 2013). Como alternativas se plantean: calcular la volatilidad generada por los nuevos partidos (TAVITS, 2008); distinguir entre volatilidad interna y

externa (MAINWARING et al., 2010), intra-bloques y extra sistémica (MAINWARING; GERVASONI; NÁJERA-ESPAÑA, 2010), endógena y exógena (TORCAL et al., 2015), de la oferta y la de la demanda (POWELL; TUCKER, 2008). Otros indicadores, basados en el componente electoral y el equilibrio entre el ejecutivo y el legislativo, son: el porcentaje de votos perdidos por partidos inviables (MOSER; SCHEINER, 2012); la volatilidad de los escaños (JONES, 2005); o, la diferencia entre el número de partidos en el legislativo y en la arena electoral (BEST, 2010).

Segundo, el arraigo de los partidos en la sociedad es entendido como el establecimiento de vínculos programáticos con el electorado. La elección del indicador depende, en grande parte, del enfoque teórico, que distingue entre clivajes sociales y modelos espaciales que, a su vez, pueden ser de proximidad o direccionados. Para las teorías sobre clivajes sociales (LIPSET; ROKKAN, 1967) y realineamiento partidario (INGLEHART, 1990; KITSCHELT, 1999) la noción izquierda-derecha sintetiza las orientaciones ideológicas del elector como anclaje psicológico del voto, otorgando estabilidad al sistema (MAINWARING; TORCAL, 2005). Por lo que la identificación partidista sería el mejor indicador. Mientras que para los modelos de proximidad espacial (COX, 1997; ENELOW; HINICH, 1984) el elector escoge al partido más próximo de su posición en la escala derecha-izquierda, optando por la congruencia ideológica entre elector y partido como indicador. Ya los modelos espaciales direccionados consideran que el elector escoge al partido más próximo de sus posiciones en determinados asuntos o temas, proponiendo la congruencia programática como indicador. Debido a la dificultad del elector latinoamericano para auto-posicionarse estos indicadores pueden ser menos interesantes (GONZÁLEZ; QUEIROLO, 2013). También existen otras opciones centradas en el personalismo y la formación de gobiernos como: la presencia de outsiders y la diferencia entre las votaciones presidenciales y legislativas por partido (MAINWARING; SCULLY, 1995); el apoyo a los candidatos outsiders (MAINWARING; TORCAL, 2005), el voto de clase agregado (MEDINA; TORCAL, 2007) o la previsibilidad de la formación de Gobierno (TAVITS, 2008; TOOLE, 2000).

Tercero, la legitimidad de los partidos entendidos como actores principales de la vida democrática (MAINWARING; SCULLY, 1995). La literatura acostumbra a utilizar como indicadores preguntas clásicas de opinión relativas a: la mejor forma de cambiar las cosas en el país; la confianza en los partidos; y, si la democracia puede existir sin partidos. Sin embargo, muchos estudios prescinden de esta dimensión al considerarla subordinada a la dimensión anterior.

Finalmente, la organización de los partidos es entendida como la necesidad de organizaciones partidistas robustas en el sistema (LUNA, 2006). Esta es la dimensión con más dificultades para encontrar indicadores comparados. La elección del indicador depende de lo que se considere que se está midiendo. Para unos se trata de la capacidad de adaptación de los partidos (LEVITSKY; MURILLO, 2003) y para otros, de la existencia de una rutina interpartidaria (MAINWARING; SCULLY, 1995). Mainwaring y Scully (1995), proponen en su trabajo más clásico observar la supervivencia de los partidos en el sistema al discernir que partidos de la Cámara Baja ya existían en 1950. Robberts y Wibbels (1999) también se decantan por la edad del partido, a pesar de ser una medida rudimentaria. Luna (2009), utiliza la penetración organizacional del partido. Otros indicadores son construidos a partir de la existencia o no de facciones internas en cada partido. Lupu (en TORCAL et al., 2015) propone la nacionalización de los partidos pues la presencia de los partidos por todo el territorio garantizaría, a priori, su buena organización y fortaleza.

Sin embargo, existe una serie de debates entorno a la nacionalización como indicador. Primero, si debe calcularse en base a los partidos o al sistema. Los expertos han tendido a preferir la nacionalización del sistema. Por otro lado, Mainwaring y Jones (2003) proponen un indicador basado en los resultados electorales y Lago y Montero (2014) en las estrategias de los partidos referentes a la competición. Para Lago y Montero (2014), los resultados electorales no son una buena forma de medición y proponen observar si los partidos optan por presentar candidatos en cada región del país. Consideran que en los sistemas de partidos institucionalizados la presentación de candidaturas no variara de elección para elección, mientras que los resultados electorales pueden oscilar debido a otros motivos, enmascarando la nacionalización del sistema. Ahora bien, la nacionalización del sistema también sugiere problemas como indicador de la organización de los partidos. Un partido puede estar fuertemente organizado y limitarse a presentar candidatos en una región consecuencia, por ejemplo, de clivajes étnicos o territoriales.

Otras operacionalizaciones durante la segunda oleada son las de Morlino (1998), Bielasiak (2002), Randall y Svasand (2002), y, Meleshevichs (2007). Morlino (1998) propone tres dimensiones: estabilidad del comportamiento electoral, estabilidad en los patrones de competición partidista, y, la estabilidad de la clase política. Bielasiak (2002), distingue tres dimensiones: estabilidad de la democracia electoral, de la estructura de la competición, y, de la representación política. Como indicadores propone: cambios en la composición del Gobierno y en el comportamiento político; volatilidad electoral; el número de partidos; y, un índice de participación efectiva.

Randall y Svasand (2002) distinguen entre dimensiones estructurales/actitudinales e internas/externas, proponiendo las siguientes dimensiones: continuidad y estabilidad estructural, aceptación mutua, suficiente autonomía del Estado, y, apreciación del electorado. Sin embargo, no establecen indicadores apropiados (CASAL BÉRTOA, 2016). Meleshevichs (2007) llega a la conclusión de que únicamente dos dimensiones son fundamentales para la ISP: la autonomía y la estabilidad. Lo que le lleva a proponer como indicadores: el número de independientes en el parlamento o de candidatos outsiders en las listas partidistas; el papel de los partidos en la formación de Gobierno; patrones geográficos de voto; el % de votos obtenidos por viejos partidos; y, el índice de Pedersen.

Cuadro 1. Indicadores presentes en la literatura para las dimensiones de la ISP de Mainwaring y Scully (1995)

Dimensión	Indicadores Literatura
Estabilidad Competición	Índice volatilidad total Pedersen Equilibrio sistemas de partidos legislativo y ejecutivo % Votos perdidos por partidos inviables Volatilidad escaños Diferencia entre número partidos legislativos y arena electoral Volatilidad interna y externa Volatilidad de la oferta y de la demanda Volatilidad intra-bloques y extra-sistémica Volatilidad endógena y exógena
Arraigo Partidos	Identificación partidista Congruencia ideológica Congruencia programática Voto de clase agregado Previsibilidad formación Gobierno
Legitimidad Partidos	Confianza en los partidos Democracia sin partidos Forma de cambiar el país
Organización Partidos	Supervivencia de los partidos en el sistema Edad partidos Penetración organización Institucionalización partidos Nacionalización partidos Nacionalización sistema de partidos (desde la oferta/demanda)

Fuente: Elaboración propia.

A continuación, abordamos la tercera ola de estudios sobre la ISP, que se ha centrado, principalmente en el debate sobre si sería posible que algunos sistemas de partidos dominados por vínculos personalistas y escasas raíces de los partidos en la sociedad estén institucionalizados o institucionalizándose. En ese sentido, Kitschelt (2000) ya afirmó que los sistemas de partidos pueden institucionalizarse sin la necesidad de vínculos programáticos y que, de hecho, podría ocurrir con más frecuencia de la que se consideraba.

LA RECONFIGURACIÓN DE LA OPERACIONALIZACIÓN DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS: LA TERCERA OLA Y EL PAPEL DE AMÉRICA DEL SUR

La mayor parte de las clasificaciones de la ISP en América del Sur tuvieron lugar durante la segunda ola y utilizaron como operacionalización la propuesta de Mainwaring y Scully (1995). En líneas generales, y a partir de estas operacionalizaciones, los sistemas de partidos latinoamericanos han sido categorizados como incipientes pese a la heterogeneidad de la región (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING, 2016). Además, existe un cierto consenso sobre qué sistemas están más o menos institucionalizados (MAINWARING et al., 2018). Chile y Uruguay se presentan como institucionalizados, próximos de la realidad de las democracias consolidadas. Mientras que Ecuador, Bolivia y Perú son considerados como sistemas fluidos (MAINWARING et al., 2018; LEVITSKY, 2016). Además, los países andinos han sido caracterizados como democracias sin partidos, donde los partidos políticos apenas funcionan como máquinas electorales y vehículos personalistas, imposibilitando la institucionalización del propio sistema de partidos (LEVITSKY; CAMERON, 2003). Otros autores como afirman que estos países no cuentan con un sistema de partidos como tal porque no poseen regularidad en la distribución del apoyo electoral, al menos dos partidos que interactúen y una continuidad de los componentes del sistema aunque se produzcan oscilaciones en el apoyo electoral recibido. Por lo tanto, este tipo de sistemas se caracterizan por su desequilibrio estructural generado por la falta de apoyos electorales estables y las decisiones comportamentales de la élite política.

Sin embargo, las principales diferencias de unas clasificaciones a otras surgen con los niveles de institucionalización otorgados a Argentina, Colombia y Brasil en el siglo XXI. Para Levitsky et al. (2016), Brasil² y México son los únicos países de América Latina que han logrado institucionalizarse durante la primera década del siglo XXI, aunque varios estudios recientes han demostrado, por ejemplo, la ausencia de vínculos programáticos fuertes en el caso brasileño (MELO; CÂMARA, 2012; BRAGA; RIBEIRO; AMARAL, 2016). Luna (2015), también concluye que Argentina, Colombia y Brasil cuentan con una cierta estabilidad pese a no contar con arraigamiento programático, categorizándolos como sistemas de partidos

² Al menos hasta las elecciones de 2018.

hidropónicos³ al carecer de raíces programáticas entre electores y partidos. vínculos programáticos (ALTMAN; LUNA, 2011; LUNA, 2015; ZUCCO, 2011).

Por tanto, la presencia en América Latina de sistemas de partidos institucionalizados pese a la ausencia de vínculos programáticos, como Brasil, justifican para Luna (2015), la necesidad de reconsiderar la medición clásica de Mainwaring y Scully (1995). Luna (2015) defenderá por la primera vez en la literatura, la necesidad de operacionalizar la ISP de forma no lineal y desagregada, pues un sistema puede estar institucionalizado pese a no tener todas sus dimensiones institucionalizadas, como en el caso de los sistemas de partidos hidropónicos.

Con este hallazgo, se inicia la tercera ola de estudios sobre ISP, marcada por el cuestionamiento de los vínculos entre electores y partidos como dimensión de la ISP⁴. Para muchos autores, es importante recalcar que la visión dominante de la ISP durante la primera y la segunda ola, está construida desde la óptica occidental y las experiencias de las democracias consolidadas. Se construye a partir de la teoría del congelamiento de los clivajes de Lipset y Rokkan (1967)⁵, generando un fuerte etnocentrismo (ALBALÁ; VIEIRA, 2014) que dificulta la aplicación del concepto a realidades tan diferentes como las de las democracias en consolidación. Como consecuencia, los estudios sobre ISP han tendido a caracterizar, de manera generalizada, los sistemas de partidos latinoamericanos como incipientes (CARRERAS, 2012). Es decir, poco o nada institucionalizados, y, condenados a ser sistemas precarios. Presuponen que todo sistema que aspire a institucionalizarse debería congelar su estructura de clivajes para establecer vínculos de identificación partidista y minimizar los posibles cambios (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005).

³ Los sistemas de partidos hidropónicos se caracterizan por producir algunos de los beneficios que se suelen asociar con sistemas institucionalizados, pese a la presencia de algunas carencias importantes en algunas de las dimensiones clásicas del concepto clásico, específicamente, el enraizamiento de los partidos en la sociedad. De forma general, se ha tendido a considerar los sistemas de partidos hidropónicos como un subtipo de sistemas de partidos incipientes (TORCAL et al., 2015). Esta idea está basada en que la estabilidad de estos sistemas se alcanza mediante el bloqueo de la representación política y evitando una evolución dinámica y una renovación del sistema dinámica (ALTMAN; LUNA, 2015). Pero para Zucco (2011), estos sistemas suponen enfrentar la idea tradicional de que los sistemas de partidos con algunas dimensiones menos institucionalizadas generan problemas como afirmaron Mainwaring y Scully (1995). El hecho de estos países contar con patrones estables de interacción entre partidos y superar diversas crisis políticas sin colapsarse permiten fundamentar que la ISP debe desligarse del modelo de partido de masas.

⁴ En la siguiente sección se profundiza en el debate sobre la necesidad de los vínculos programáticos para la presencia de la ISP.

⁵ La teoría del congelamiento defiende que los conflictos que estructuran el sistema de partidos se congelan, manteniendo la estabilidad electoral, y, en última instancia, el sistema de partidos estable.

Cuadro 2. Clasificación de la ISP en América del Sur por autores (1969 – 2017)

Autor	Operacionalización	Período	Sistema institucionalizado	Sistema difuso	Sistema fluido
Mainwaring y Scully (1995)	Mainwaring y Scully (1995)	1969-1992	Chile y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia, Brasil y Ecuador
Coppedge (2005)	Volatilidad entre bloques y fragmentación	Siglo XX	Argentina, Chile, Colombia y Uruguay		Bolivia, Brasil y Ecuador
Alcántara, Del Campo y Ramos (2001)	Mono-operacionalización (estabilidad - principales partidos del sistema)	1982-1998	Bolivia, Chile, Colombia y Uruguay	Argentina	Ecuador
Mainwaring y Zoco (2007)	Mono-operacionalización (volatilidad agregada)	1978-2002	Argentina, Brasil, Colombia y Chile		Bolivia y Ecuador
Albalá y Vieira (2014)	*	2000-2010	Argentina, Chile, Colombia y Uruguay	Bolivia, Brasil y Ecuador	
Caicedo Ortiz (2013)	Mono-operacionalización (estabilidad - principales partidos del sistema)	1970-2010	Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay		Ecuador
Luna (2015)	Mainwaring y Scully (1995) Bidimensional (volatilidad agregada y arraigo programático)	2000-2010	Chile y Uruguay	Argentina, Brasil y Colombia	Bolivia y Ecuador
Mainwaring y Pérez Liñan (2016)	Mono-operacionalización (volatilidad agregada Cámara Baja)	2002-2013	Argentina, Brasil, Chile y Uruguay	Colombia	Bolivia y Ecuador
Levitsky (et.al, 2016)	No especificado	2000-2016	Brasil, Chile y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia y Ecuador
Mainwaring (et.al, 2018)	Conjunto 13 indicadores	1978-2017	Chile, Brasil y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia y Ecuador
Martínez (2018)	Índice agregado (Mainwaring y Scully, 1995; Payne, 2006; Ruiz y Otero, 2014; Torcal y Mainwaring, 2005)	*	Chile y Uruguay	Argentina, Brasil y Colombia	Bolivia y Ecuador

Fuente: elaboración propia. *No especificado

Estas teorías obvian que los sistemas de partidos nunca han sido especialmente estables y que la hipótesis del congelamiento se ha exacerbado. De ser así, los partidos tendrían una cierta resistencia a adaptarse a nuevos clivajes y realidades, a pesar de los partidos tener como objetivo final adaptarse para, en última instancia, sobrevivir y perpetuarse (MAIR, 1998). Por tanto, la ISP como objeto de estudio no está ajena a importantes controversias como: la falta de una definición homogénea y menos vaga del concepto (RANDALL; SVASAND, 2002); una operacionalización del concepto que no esté construida desde la lógica occidental y que permita captar la realidad eficientemente (TORCAL et al., 2015); y, la necesidad de procurar indicadores estadísticos que se adapten adecuadamente a la formulación teórica (CRISP; OLIVELLA; POTTER, 2016). Consecuentemente, los vínculos programáticos pueden ser un indicador apropiado en las democracias europeas, pero parece no ser así en las democracias sudamericanas. En la región latinoamericana, a pesar del paso del tiempo y el ejercicio democrático, los partidos no han conseguido establecer una identificación partidista ni vínculos programáticos con su electorado (MAINWARING; ZOCO, 2007). Mientras que en 1945 los partidos en Europa eran vehículos de movilización social que lograban crear vínculos con su electorado, enraizándose, y, consecuentemente, estabilizando el sistema; en las democracias posteriores no han tenido ese papel, o si lo han tenido ha sido marginal (MAINWARING; ZOCO, 2007).

Este debate ha propiciado que el propio Mainwaring (2018) se replantee su clásica operacionalización, aunque continúa considerando que la estabilidad de las conexiones entre elector y partido son una característica de la ISP (MAINWARING et al., 2018). Su nueva operacionalización consiste en tres dimensiones, analizadas tanto en la esfera presidencial como la Cámara Baja: (i) la estabilidad de los miembros del sistema – porcentaje de voto a nuevos partidos y estabilidad de los principales contendientes en corto y medio plazo; (ii) la estabilidad interpartidaria de la competición electoral – volatilidad electoral y el cambio acumulado en un periodo de tiempo determinado; y, (iii) la estabilidad de la posición ideológica de los partidos.

La operacionalización de Casal Bértoa (2016) también aporta luz a este debate al considerar que los indicadores más utilizados por la literatura tienden a limitarse al análisis de los resultados electorales⁶, descuidando el ámbito relativo al gobierno. Limitarse a las preferencias de los electores supone descuidar las interacciones entre los miembros del propio sistema, los partidos. Siguiendo la lógica de Mair (2001),

⁶ Destaca el protagonismo, por su mayor presencia, de la dimensión estabilidad, medida a partir de la volatilidad, el número efectivo de partidos y/o la tasa de desperdicio de votos.

entiende la institucionalización del sistema como la existencia de una cooperación, colaboración y coligación estable entre partidos. Afirma que para un sistema de partidos estar realmente institucionalizado la esfera gubernamental también debe ser estable. Así, considera la estructura de la competición partidista como la principal dimensión de la ISP. Entiende que un sistema cerrado es más predecible, y, por tanto, está más institucionalizado. Un sistema de partidos cerrado otorga a los electores alianzas políticas claras y alternativas de Gobierno predecibles (CASAL BÉRTOA; MAIR, 2012). Operacionaliza la estructura de la competición a partir de tres dimensiones, no necesariamente lineales (CASAL BÉRTOA; ENYEDI, 2014): la alternancia o no en el Gobierno; la fórmula de Gobierno – si existen grupos estables que tienden a formar Gobierno; y, el acceso al Gobierno – si todos los partidos tienen posibilidades de participar del Gobierno o sólo algunos.

Por otro lado, la tercera oleada de operacionalizaciones también se ha caracterizado por la unanimidad sobre la estabilidad en los patrones de competición interpartidista como dimensión y las limitaciones del índice de Pedersen como indicador para medir sistemáticamente la ISP (CASAL BÉRTOA, 2016; MAIR, 2007; ALTMAN; LUNA, 2011; TORCAL et al., 2015). Destaca la propuesta de Torcal y Lago (2015) para medir la dimensión estabilidad de la competición. Toman como punto de partida la idea de equilibrio de Cox (1997) para distinguir entre la volatilidad que se produce exclusivamente dentro del equilibrio – endógena – y fuera del equilibrio – exógena. La volatilidad exógena es entendida como negativa y definida como la producida por los partidos que anteriormente no formaban parte del sistema, ya sea por ser nuevos partidos o “perdedores”.

Recapitulando, la estabilidad ha sido la dimensión más utilizada (MAINWARING; SCULLY, 1995; KUENZI; LAMBRIGHT, 2005) y continúa estableciéndose como necesaria, aunque se reafirma la necesidad de reformular su medición. El alcance de los partidos, su legitimidad y organización, siguen a la estabilidad como dimensiones más habituales pese a ser cuestionadas recientemente. Consecuentemente, la operacionalización de la ISP permite vislumbrar que existen lagunas importantes en la formulación teórica de la ISP y que éstas preocupan a los teóricos. En la siguiente sección se profundiza cada una de estas limitaciones y sus implicaciones.

Cuadro 3. Dimensiones de la ISP por autor

Autor	Autonomía/ Límite	Estabilidad	Alcance/ raíces de los partidos	Legitimidad partidos	Organización partidista ²	Aceptación mutua	Complejidad y coherencia	Adaptabilidad
Hungtinton (1965)	X						X	X
Welfling (1973)	X	X	X					X
Bielasiak (2002)		X						
Mainwaring y Scully (1995)		X	X	X	X			
Morlino (1998)		X						
Mair (2001)		X						
Randall y Savasand (2002)	X	X			X	X		
Meleshevich (2007)	X	X						
Payne et al. (2006)		X	X	X	X			
Mark Jones (2007)		X	X	X				
Casal Bértoa y Mair (2012)		X						
Luna et al. (2014)		X	X					
1 oleada								
2 oleada								
3 oleada								

*Fuente: Elaboración propia a partir de Meleshevich (2007) y Casal Bértoa (2016)

LAS LIMITACIONES DEL CONCEPTO CLÁSICO DE INSTITUCIONALIZACIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS

Conforme evidenciado durante las secciones anteriores, la literatura ha apuntado tres grandes lagunas en las teorías sobre ISP y todas ellas están relacionadas con su operacionalización. Primero, la falta de una definición clara y unánime de lo que realmente es la institucionalización (RANDALL; SAVARD, 2002) y la falta de indicadores que estén en concordancia con los diferentes niveles de institucionalización descritos en la literatura (CASAL BÉRTOA, 2012; ALTMAN; LUNA, 2011). Segundo, la asociación entre democracia e institucionalización (DIX, 1992; MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005). Tercero, la identificación de los partidos de masas como el modelo ideal para la existencia de un sistema de partidos estable (ALTMAN; LUNA, 2011). A continuación, se desarrolla cada una de estas limitaciones y sus implicaciones para el área de estudio y, más específicamente, para el presente trabajo.

La falta de una definición consensuada ha generado numerosas definiciones, así como diversas operacionalizaciones. Esta laguna puede deberse a que los expertos han tendido a limitarse a estudiar y medir en qué etapa se encuentra cada sistema de partidos (DIX, 1992; MAINWARING; TORCAL, 2005). Como consecuencia, la mayor parte de las operacionalizaciones han tendido a ser mono-operacionalizadas o unidimensionales, provocando importantes limitaciones. Las mediciones mono-operacionalizadas han tendido, en su mayoría, a equiparar la ISP con la estabilidad electoral debido al papel principal que se le atribuye (MAIR, 2001; MAINWARING; SCULLY, 1995; PRZEWORSKI, 1975; LUNA, 2015) pese a no comprobarse si realmente es una dimensión suficiente para la institucionalización.

Consecuentemente, además de la necesidad de rever la operacionalización de esta dimensión (CASAL BÉRTOA; ENYEDI, 2010; MAINWARING; GERVASONI; ESPAÑA NÁJERA, 2010; POWELL; TUCKER, 2014), es esencial comprobar si realmente su presencia afirma la institucionalización. Mientras que, para otros autores, como Méndez de Hoyos (2007), la estabilidad electoral no basta para la institucionalización. Defiende un enfoque menos estático, centrado en la capacidad del sistema para procesar los posibles cambios sin que se produzca una crisis, independientemente de los niveles de volatilidad electoral. Buquet y Piñeiro (2014), también siguen esta línea argumental, los sistemas institucionalizados no son únicamente aquellos que muestran una continuidad, sino aquellos que consiguen procesar una transformación cuando es necesario sin que se produzca una crisis o ruptura institucional.

En relación a las operacionalizaciones unidimensionales, estas presuponen que, aunque las dimensiones no tienen que ir de la mano, casi siempre lo hacen. Por tanto, pese a que entiendan la ISP como un conjunto de indicadores, estos son tratados de forma unidimensional, entendiendo que todas ellas varían de la mano. Esta premisa provocó que se descartara la multidimensionalidad del concepto (MAINWARING, 1999). Para Mainwaring y Scully (1995) y su operacionalización, si el sistema está institucionalizado en general, también lo estarán cada una de sus dimensiones. Sin embargo, en los últimos años, numerosos expertos han reivindicado la necesidad de estudiar la institucionalización como un fenómeno multidimensional (RANDALL, 2002; JONES, 2007; ALTMAN; LUNA, 2011; LUNA, 2015). Es decir, entienden que un sistema puede contar con unas dimensiones más institucionalizadas que otras. Luna (2015) concluyó que la ISP es, cuanto menos, bidimensional y que estabilidad y arraigo no van de la mano. Sin embargo, todavía no se han llevado a cabo mediciones multidimensionales que permitan comprender mejor las relaciones entre las diferentes dimensiones del concepto, ya sea en la medición de Mainwaring y Scully (1995) o en otras.

Por otro lado, la elección de los indicadores de la ISP también ha sido otra de las principales críticas a su operacionalización. De manera general, los indicadores seleccionados han tendido a utilizar de manera simultánea dos unidades de análisis diferentes: los partidos y los sistemas de partidos (CASAL BÉRTOA, 2012). Para la mayor parte de los expertos ambas unidades son tratadas como equivalentes (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005; MELESHEVIACH, 2007; MORLINO, 1998). Sin embargo, los estudios sobre ISP deberían limitarse a los sistemas de partidos como unidad de análisis, dado que la existencia de indicadores relativos a los partidos políticos y no al sistema comprometen la medición (MAIR, 2001).

Segundo, el concepto de ISP ha sido relacionado con la consolidación del sistema político, la democracia y la gobernabilidad, a pesar de existir un extenso debate sobre dichos aspectos. Un alto número de expertos consideran que el grado de institucionalización es un importante indicador de la estabilidad/inestabilidad, continuidad y cambio, tanto del sistema de partidos como del sistema político en general (MAINWARING; SCULLY, 1995; RANDALL; SVASUND, 2002; PAYNE, 2006; JONES, 2007; ALTMAN et al., 2009; ZUCCO, 2011; TORCAL, 2015) si bien no ha sido claramente probado. Para Mainwaring y Scully (1995, p. 64):

El hecho de que exista un sistema de partidos institucionalizado hace una gran diferencia en el funcionamiento de la democracia, ya que es difícil mantener un sistema democrático, sin un sistema institucionalizado de partidos.

En contraposición, para Markowski (2000, p. 2), “los partidos y la ISP es una condición necesaria – pero no suficiente – para la consolidación democrática”. En esa misma línea, Kuenzi y Lambright (2001, p. 439) afirman que “la construcción y mantenimiento de un sistema de partidos institucionalizado es necesario para la consolidación democrática”. Para Payne et al. (2006), la existencia de sistema de partidos institucionalizado prevé una cierta gobernabilidad, pero para Randall y Svasand (2002) la ISP no garantiza la gobernabilidad. Para Torcal et al. (2015) existe una insuficiencia teórica y empírica, de forma que el nexo entre los efectos causales de la institucionalización y la gobernabilidad no queda registrado. Por tanto, los futuros estudios sobre ISP deben visar superar esta limitación. Sin embargo, si existe un amplio consenso sobre el impacto de una baja ISP y los efectos perversos para la democracia como la proliferación de *outsiders* políticos (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005; TORCAL; MEDINA, 2007).

La tercera, y última limitación, es consecuencia directa de las anteriores. Las teorías sobre ISP parten de la idea de que el modelo de partidos de masas es el más adecuado para el establecimiento de la democracia y su consolidación. Las teorías clásicas postulan que las conexiones programáticas garantizan la presencia de organizaciones partidarias fuertes, la aceptación social de los partidos y la estabilidad de la competición electoral (MAINWARING, 1999; MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005), aspectos, a priori, fundamentales para la ISP. Independientemente del tipo de partido, únicamente si los electores se identifican con algún partido por aspectos ideológicos y mantienen su voto de una elección a otra el sistema será más estable. Se atribuye la estabilidad de las preferencias electorales de los ciudadanos pese a no existir un consenso sobre cómo se origina⁷. Es más, afirman que, si el sistema se basa en conexiones programáticas frágiles, de tipo personalista y/o clientelista, los electores serán fluctuantes, favoreciendo la aparición de candidatos *outsiders*, potencialmente

⁷ Para una amplia parte de la bibliografía estadounidense, la identificación partidista obedece a las condiciones sociales y los grupos a los que pertenecen los individuos, y, a la supervivencia de los clivajes sociales que definen la competición partidista (CREWE, 1999; LAZARSFELD; BERELSON; GAUDET, 1944). Enfoque que conecta directamente con la teoría de clivajes de Lipset y Rokkan (1967). Para otros, la identificación es producto de la socialización primaria, siendo un fenómeno psicológico-afectivo que funciona como atajo para tomar decisiones electorales con un menor coste (CONVERSE, 1969). A finales de la década de los 80 en Estados Unidos y bajo la influencia de la escuela racional, se empieza a estudiar los cambios en la preferencia partidista destacando que los indicadores macroeconómicos serían los responsables por dicha oscilación (GROFMAN, 1995). De manera que las preferencias electorales se verían condicionadas por la economía y no por la identificación (LEWIS-BECK; STEGMAIER, 2000).

peligrosos para la democracia. Pero la erosión de la preferencia partidista durante las últimas décadas cuestionó dichas afirmaciones. Para Kitschelt (2000), un sistema de partidos institucionalizado puede estar forjado sobre diferentes tipos de vínculos, y, además, ser estable y perpetuarse en el tiempo. A pesar de estos estudios, los teóricos de la ISP fueron reticentes a aceptarlas hasta que la aparición de los sistemas de partidos hidropónicos, como el brasileño (ZUCCO, 2013; ALTMAN; LUNA, 2011; LUNA, 2015), obligaron a repensar la necesidad de los vínculos programáticos para la ISP.

El sistema de partidos brasileño era considerado un sistema incipiente hasta comienzos de la década del 2000 (MAINWARING, 1999; MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005). En cambio, en los últimos años, el sistema de partidos brasileño viene institucionalizándose, a pesar del débil arraigo de los partidos en la sociedad y las conexiones de tipo personalista⁸ (ZUCCO, 2011; LUNA, 2015; MAINWARING et al., 2018). Chile también ha sido señalado como un posible sistema hidropónico. Cada vez cuenta con menos vínculos entre electores y partidos, producto de la desestructuración ideológica y el descenso de la identificación partidista (ALTMAN; LUNA, 2011). Paraguay también ha contribuido a este debate porque siendo un sistema de partidos poco institucionalizado, los vínculos entre partidos y electores es alto, consecuencia de la dictadura y por el papel del Partido Colorado como enlace entre el ciudadano y el Estado. Para Luna (2015), Perú es otro indicio claro: posee un sistema poco institucionalizado, aunque esta dimensión está más institucionalizada que en Brasil. Para Morales (2016), el problema radica en que Mainwaring y Scully (1995) concibieron la identificación únicamente de forma programática. Dos países pueden contar con un porcentaje similar de identificación, pero ésta no ser del mismo tipo: puede ser por convicción/programática o por transición. La identificación por transición sería la característica de los sistemas de partidos más antiguos y en algunos casos con fuerte vinculación clientelar en contextos de alta pobreza y ruralidad, como Honduras.

Consecuentemente, estas lagunas han incentivado las críticas al modelo tradicional y desencadenó la tercera oleada de estudios, todavía pequeña y con trabajos incipientes, aunque promisorios (TORCAL et al., 2015).

⁸ Al menos hasta 2018.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se ha evidenciado que la institucionalización posee una nueva agenda de investigación y los futuros estudios sobre ISP deben superar las siguientes limitaciones. Primero, los problemas relacionados con las operacionalizaciones tradicionales del concepto y la no relación lineal entre las cuatro dimensiones clásicas – estabilidad, enraizamiento, legitimidad y organización de los partidos. Las operacionalizaciones de la ISP han tendido a suponer que, aunque las dimensiones no tienen que ir de la mano, casi siempre lo hacen y esta premisa provocó que se descartara la multidimensionalidad del concepto (MAINWARING, 1999). Para Mainwaring y Scully (1995) y su operacionalización, si el sistema está institucionalizado en general, también lo estarán cada una de sus dimensiones. Sin embargo, las evidencias apuntadas en este artículo, apuntan que, en los últimos años, numerosos expertos han comprobado la necesidad de estudiar la institucionalización como un fenómeno multidimensional, puesto que los países pueden presentar niveles aceptables de institucionalización pese a no contar con todas sus dimensiones institucionalizadas. La realidad de los sistemas de partidos hidropónicos y los resultados de Luna (2015), apuntan en esta dirección, puesto que los sistemas de partidos de Brasil, Colombia y México se han institucionalizados aunque continúen sin existir vínculos robustos entre electores y partidos. En este sentido, algunos de los últimos estudios sobre ISP también han cuestionado la idoneidad de un índice agregado para medir los niveles de institucionalización. Sin embargo, la utilización de un índice agregado podría no ser un problema siempre y cuando se comprobase que todas sus dimensiones son necesarias para la existencia de la ISP.

Segundo, la necesidad de reformular las operacionalizaciones y mediciones de la ISP basadas en las cuatro dimensiones de Mainwaring y Scully (1995) así como las mono-operacionalizadas a partir de la estabilidad electoral. Las evidencias apuntan que la ISP va más allá de la estabilidad electoral (CASAL BERTÓA, 2016; LUNA et al., 2014; TORCAL et al., 2015), de forma que no debería descuidarse la importancia del ámbito relativo a la oferta partidista y al gobierno en la ISP (CASAL BÉRTOA, 2016). Además, el índice de Pedersen como indicador para medir la estabilidad electoral parece ser limitado (CASAL BÉRTOA, 2016; MAIR, 2007; ALTMAN; LUNA, 2015; TORCAL et al., 2015), dado que no permite captar si esos cambios electorales son producto de la *accountability* electoral y si cuando esto sucede su voto es transferido para el resto de los partidos consolidados que ya forman parte del sistema (MAINWARING et al., 2018).

Finalmente, no existen evidencias que permitan afirmar de forma teórica y empírica la relación entre la institucionalización, la consolidación democrática y la gobernabilidad (DIX, 1992; MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005), aunque si existe un amplio consenso sobre el impacto de una baja ISP y los efectos perversos para la democracia como la proliferación de *outsiders* políticos (MAINWARING; SCULLY, 1995; MAINWARING; TORCAL, 2005; TORCAL; MEDINA, 2007).

Futuras líneas de investigación podrán arrojar más luz sobre estas cuestiones, así como las relaciones causales, poco exploradas hasta hoy (MAINWARING et al., 2018; TORCAL et al., 2015; TANAKA, 2008) y hasta responder otros interrogantes que aún hoy desconocemos como, por ejemplo: ¿Podría la ISP tener diferentes calidades como sucede con las democracias? México y Brasil son algunos de los países de la región sudamericana que se han institucionalizado durante la primera década del siglo XXI, pero ¿Será que la ISP de esos países podría ser más frágil y, por tanto, mas susceptible a sufrir cambios si comparada con la ISP chilena? ¿Y si una mayor calidad de la ISP permitiese cambios importantes en el sistema de partidos sin suponer su desestabilización y vice-versa? ¿La calidad de la ISP podría estar relacionada con mayores o menores niveles de gobernabilidad y consolidación democrática? ¿Podría la calidad de la ISP estar relacionada con las dimensiones que la constituyen?

SOBRE A AUTORA

Nerea Ramírez García é doutora em Ciência Política pela Universidade Federal de Minas Gerais.

REFERENCIAS

1. ALBALÁ, Adrián; VIEIRA, Soraia. ¿Crisis de los partidos en América Latina? El papel de los partidos políticos latinoamericanos en el escenario reciente. *Revista de Ciencia Política*, v. 52, n. 1, p. 145-170, 2014.
2. ALCÁNTARA, Manuel; DEL CAMPO, Esther; RAMOS, María Luisa. La naturaleza de los sistemas e partidos políticos y su configuración en el marco de los sistemas democráticos en América Latina. *Justicia Electoral*, v. 15, p. 57-86, 2001.
3. ALTMAN, David; LUNA, Juan Pablo. ¿Partidos hidropónicos en un sistema de partidos muy institucionalizado? El caso de Chile. In: TORCAL, Mariano (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015, p. 203-219.
4. ALTMAN, David; LUNA, Juan Pablo; PIÑEIRO, Rafael; TORO, Sergio. Partidos y sistemas de partidos en América Latina: aproximaciones desde la encuesta a expertos 2009. *Revista de Ciencia Política*, v. 29, n. 3, p. 775-798, 2009.
5. ALTMAN, David; LUNA, Juan Pablo. Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization. *Latin American Politics and Society*, v. 53, n. 2, p. 1-28, 2011.
6. BEST, Robin. Increasing Irrationality? The Equilibrium Relationship between Electoral and Legislative Party System Size, 1950-2005. *Electoral Studies*, v. 29, n. 1, p. 105-116, 2010.
7. BIELASIAK, Jack. The Institutionalization of Electoral and Party Systems in Post-Communist States. *Comparative Politics*, v. 34, n. 2, p. 189-210, 2002.
8. BRAGA, Ana Maria; RIBEIRO, Pedro; AMARAL, Oswaldo. El sistema de partidos en Brasil: estabilidad e institucionalização (1982-2014). In: FREIDENBERG, Flavia (org.) *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 69-134.
9. BUQUET, Daniel; PIÑEIRO, Rafael. La consolidación de un nuevo sistema de partidos en Uruguay. *Revista Debates*, v. 8, n. 1, p. 127-148, 2014.
10. CAICEDO ORTIZ, Julián Andrés. Estabilidad y crisis de representación en los sistemas de partidos latinoamericanos: ¿El triunfo de la participación electoral? *Revista Bogotá*, v. 8, n. 1, p. 161-188, 2013.
11. CARRERAS, Miguel. Party Systems in Latin America after the Third Wave: A Critical Re-assessment. *Journal of Politics in Latin America*, v. 4, n. 1, p. 135-153, 2012.
12. CASAL BÉRTOA, Fernando. Parties, regime and cleavages: explaining party system institutionalization in East Central Europe. *East European Politics*, v. 28, n. 4, p. 452-472, 2012.
13. CASAL BÉRTOA, Fernando. Political parties or party systems? Assessing the 'myth' of institutionalization and democracy. *West European Politics*, v. 40, n. 2, p. 402-429, 2016.
14. CASAL BÉRTOA, Fernando; ENYEDI, Zsolt. Party System Closure: Conceptualization, Operationalization and Validation. *DISC Working Paper Series*, n. 11, p. 265-277, 2010.
15. CASAL BÉRTOA, Fernando; ENYEDI, Zsolt. Party System Closure and Openness: Conceptualization, Operationalization and Validation. *Party Politics*, v. 23, n. 3, p. 265-277, 2014.
16. CASAL BÉRTOA, Fernando; MAIR, Peter. Party System Institutionalization across Time in Post-Communist Europe. In: MÜLLER-ROMMEL, Ferdinand; KEMAN, Hans (org.) *Party Government in the New Europe*. London: Routledge, 2012, p. 85-113.
17. COPPEDGE, Michael. Explaining Democratic Deterioration in Venezuela through Nested Inference. In: HAGOPIAN, Frances; MAINWARING, Scott (org.) *The Third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005, p. 289-316.
18. COX, Gary W. *Making votes count: Strategic coordination in the world's electoral systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
19. CRISP, Brian F.; OLIVELLA, Santiago; POTTER, Joshua. Comparación de distintos indicadores de consolidación de sistemas de partidos. In: TORCAL, Mariano (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015, p. 43-59.
20. DIX, Robert H. Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties. *Comparative Political Studies*, v. 24, n. 4, p. 488-511, 1992.

21. ENELOW, James; HINICH, Melvin. *The spatial theory of voting: an introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
22. GONZÁLEZ, Luis Eduardo; QUEIROLO, Rosário. Izquierda y derecha: formas de definir las, el caso latinoamericano y sus implicaciones. *América Latina Hoy*, n. 65, p. 79-105, 2013.
23. HUNTINGTON, Samuels. *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press, 1968.
24. HUNTINGTON, Samuels. Political Development and Political Decay. *World Politics*, v. 17, n. 3, p. 386-430, 1965.
25. INGLEHART, Ronald. *Culture shift in advanced industrial society*. Princeton: Princeton University Press, 1990.
26. JONES, Mark P. Political Parties and Party Systems in Latin America. In: *Symposium, Prospects for Democracy in Latin America*, University of North Texas, Denton, Texas, 5-6 abril, s/p, 2007.
27. JONES, Mark P. The role of parties and party systems in the policymaking process. In: *State Reform, Public Policies and Policymaking Processes*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington D.C, 28 de febrero-2 de marzo, s/p, 2005.
28. KITSCHOLT, Herbert (org.) *Post-Communist Party Systems: Competition, Representation, and Inter-party competition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
29. KITSCHOLT, Herbert. Linkages between citizens and politicians in democratic politics. *Comparative Political Studies*, v. 33, n. 6/7, p. 845-879, 2000.
30. KUENZI, Michelle; LAMBRIGHT, Gina. Party System Institutionalization in 30 African Countries. *Party Politics*, v. 7, n. 4, p. 437-468, 2001.
31. KUENZI, Michelle; LAMBRIGHT, Gina. Party Systems and Democratic Consolidation in Africa's Electoral Regimes. *Party politics*, v. 11, n. 4, p. 423-446, 2005.
32. LAGO, Ignacio; MARTÍNEZ, Ferran. Why new parties? *Party Politics*, v. 17, n. 1, p. 3-20, 2011.
33. LAGO, Ignacio; MONTERO, Juan Ramón. Defining and Measuring Party System Nationalization. *European Political Science Review*, v. 6, n. 2, p. 191-211, 2014.
34. LEVITSKY, Steven; CAMERON, Maxwell, A. Democracy without Parties? Political Parties and Regimen Change in Fujimori's Peru. *Latin American Politics and Society*, v. 45, n. 3, p. 1-33, 2003.
35. LEVITSKY, Steven; MURILLO, María Victoria. Argentina Weathers the Storm. *Journal of Democracy*, v. 14, n. 4, p. 152-166, 2003.
36. LEVITSKY, Steven. (org.) *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press, 2016.
37. LIPSET, Seymour; ROKKAN, Stein. Estructura de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales. 1967. In: BATTLE, Albert. *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Barcelona: Editorial Ariel, 1992, p. 231-273.
38. LUNA, Juan Pablo. Institucionalización de sistemas de partidos: ¿por qué es necesario un nuevo concepto? In: TORCAL, Mariano. (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015, p. 78-107.
39. LUNA, Juan Pablo; ROSENBLATT, Fernando; TORO Sérgio. Programmatic Parties: A Survey of Dimensions and Explanations in the Literature. In: *Politics Meets Policies: The Emergence of Programmatic Political Parties*. Stockholm: IDEA-International, p. 1-42, 2014.
40. LUPU, Noam; RIELD, Rachel. Political Parties and Uncertainty in Developing Democracies. *Comparative Political Studies*, v. 46, n. 11, p. 1139-1165, 2013.
41. MAINWARING, Scott et al. Extra- and Within-System Electoral Volatility. *Party Politics*, v. 23, n. 6, p. 623-635, 2016.
42. MAINWARING, Scott.; JONES, Mark. The Nationalisation of Parties and Party Systems: An Empirical Measure and an Application to the Americas. *Kellogg Institute, Working Paper*, v. 9, n. 2, p. 139-166, 2003.
43. MAINWARING, Scott. (org.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
44. MAINWARING, Scott. *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press, 1999.

45. MAINWARING, Scutt, SCULLY, Timothy. *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
46. MAINWARING, Scott; BEJANO Ana María; PIZARRO, Eduardo. (org.) *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006.
47. MAINWARING, Scott; GERVASONI, Carlos; ESPAÑA-NÁJERA, Anabella E. The Vote Share of New and Young Parties. *Kellogg Institute*, working paper n. 368, 2010.
48. MAINWARING, Scott; PEREZ LIÑAN, Anibal. La democracia a la deriva en américa latina. *POSTData*, v. 20, n. 2, p. 267-294, 2015.
49. MAINWARING, Scott; TORCAL, Mariano. La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora. *América Latina Hoy*, v. 41, p. 141-173, 2005.
50. MAINWARING, Scott; ZOCO, Edurne. Political Sequences and the Stabilization of Inter-party Competition. *Party Politics*, v. 13, n. 2, p. 155-178, 2007.
51. MAIR, Peter. *Party System Change. Approaches and Interpretations*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
52. MAIR, Peter. Party Systems and Alternation in Government, 1950-2000: Innovation and Institutionalization. In: GLOPPEN, Siri; RAKNER, Lise. (org.) *Globalisation and Democratisation: Challenges for Political Parties*. Bergen: Fagbokforlaget, 2007, p. 213-259.
53. MAIR, Peter. The Freezing Hypothesis: An Evaluation. In: KARVONEN, Lauri; KUHNLE, Stein. (org.) *Party Systems and Voter Alignments Revisited*. London: Routledge, 2001, p. 27-44.
54. MARKOWSKI, Radoslaw. Party System Institutionalization in new democracies: Poland: A Trend-Setter with no Followers. In: *Re-thinking Democracy in the New Millennium*, University of Houston, February, 2000, p. 16-19.
55. MEDINA, Lucía; TORCAL, Mariano. La institucionalización del sistema de partidos español. El peso de los anclajes de clase, religión e ideología en la competencia PSOE/PP: 1988-2004. In: *Congreso de la AECPA*, Madrid, 21-23 septiembre, s/p, 2007.
56. MELESHEVICH, Andrey. *Party Systems in Post-Soviet Countries: a Comparative Study of Political Institutionalization in the Baltic States, Russia, and Ukraine*. New York: Palgrave, 2007.
57. MELO, Carlos R.; CÂMARA, Rafael. Estrutura de competição eleitoral pela Presidência e consolidação do sistema partidário no Brasil. *Revista de Ciências Sociais*, v. 55, n. 1, p. 71-117, 2012.
58. MÉNDEZ DE HOYOS, Irma. El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación. *Perfiles latinoamericanos*, n. 29, p. 7-45, 2007.
59. MORALES, Mauricio. Tipos de identificación partidaria: América Latina en perspectiva comparada (2004-2012). *Revista de Estudios Sociales*, n. 57, p. 25-42, 2016.
60. MORLINO, Leonardo. *Democracy between Consolidation and Crisis: Parties, Groups, and Citizens in Southern Europe*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
61. MOSER, Robert; SCHNEIDER, Ethan. *Electoral Systems and Political Context: How the Effects of Rules Vary Across New and Established Democracies*. New York: Cambridge University Press, 2012.
62. PAYNE, Mark. Sistemas de partidos y gobernabilidad democrática. In: PAYNE, Mark; ZOVATTO, Daniel; DÍAZ, Mercedes. *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo. 2006, p. 203-230.
63. PEDERSEN, Mogens. Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977. In: DAALDER, Hans; MAIR, Peter. (org.) *Western European Party Systems: Continuity and Change*. Beverly Hills, CA: Sage, 1983, p. 83-115.
64. POWELL, Eleanor; TUCKER, Joshua. New Approaches to Electoral Volatility: Evidence from Post-Communist Countries. In: *Annual Meeting of the Midwest Political Science Association*, Chicago, IL, April 3-6, s/p, 2008.
65. PRZEWORSKI, Adam. Institutionalization of voting patterns or is mobilization a source of decay. *American Political Science Review*, v. 69, p. 49-67, 1975.

66. GARCIA, R. Nerea. *La institucionalización de los sistemas de partidos en América del Sur (2000-2013): una nueva mirada al concepto y su operacionalización*. Tesis (Doctorado en Ciencia Política) – Programa de pos graduación en Ciencia Política, Universidad Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, 2019.
67. RANDALL, Vicky; SVÅSAND, Lars. Party Institutionalization in New Democracies. *Party Politics*, v. 8, n. 1, p. 5-29, 2002.
68. ROBERTS, Kenneth; WIBBELS, Erick. Party system and electoral volatility in Latin America: A test of economic, institutional and structural explanations. *American Political Science Review*, v. 93, n. 3, p. 575-590, 1999.
69. RUÍZ, Leticia; OTERO, Patricia. Indicadores de partidos y sistemas de partidos. *Cuadernos metodológicos*. Madrid: CIS, 402-403, 2014.
70. SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems. A Framework for Analysis*, v. I. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
71. TANAKA, Martín. *Agencia y estructura: el colapso de los sistemas de partidos en los países andinos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2008.
72. TAVITS, Madrid. Party Systems in the Making: The Emergence and Success of New Parties in New Democracies. *British Journal of Political Science*, v. 38, n. 1, p. 113-133, 2008.
73. TOOLE, James. Government Formation and Party System Stabilization in East Central Europe. *Party Politics*, v. 6, n. 4, p. 441-461, 2000.
74. TORCAL, Mariano. (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
75. TORCAL, Mariano. Desafección institucional en las nuevas democracias. *Revista SAAP*, v. 2, n. 3, p. 591-634, 2006.
76. TORCAL, Mariano; LAGO, Ignacio. Volatilidad endógena y exógena: Una nueva medida de institucionalización. In: TORCAL, Mariano. (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015, p. 60-70.
77. WEFLING, Mary B. *Political Institutionalization: Comparative Analysis of African Party Systems*. Beverly Hills: Sage, 1973.
78. ZUCCO, Cesar. A ideologia dos partidos políticos brasileiros. In: POWER, Timothy; ZUCCO, Cesar. (org.). *O Congresso por ele mesmo: autopercepções da classe política brasileira*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2011, p. 29-49.
79. ZUCCO, Cesar. Estabilidad sin raíces: institucionalización de Sistema de partidos brasileño. In: TORCAL, Mariano. (org.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015, p. 50-81.

Submissão em 19 de março de 2022.

Aceito em 04 de abril de 2022.

